

# LA ASAMBLEA DE BRUSELAS

Por la seguridad,  
la colaboración  
y la paz en Europa

Pocas veces se habrá visto una tal concentración de ministros —en acto y en recuerdo—, rectores de Universidad, periodistas de altos vuelos, escritores de renombre y personajes superconocidos, por metro cuadrado, como en la Asamblea de Representantes de la Opinión Pública pro la Seguridad y la Cooperación Europea. Por no faltar en esta asamblea, abierta con la lectura de un telegrama del secretario general de la ONU y presidida por un canónigo belga, Goor, entre el numeroso clero asistente estaba hasta el metropolitano de Leningrado y Novgorod, Nikim, con sus barbas, un ruso musical y pectoral espectacular de oros, como salido de una película histórica de Eisenstein. En total, cosa de novecientos representantes de todos los países europeos, a excepción de Albania. Por otra parte, no se admitieron representaciones oficiales de países que por su forma de régimen no responden a unas bases democráticas.

Después del viaje de Nixon a Moscú, que entre otras consecuencias ha tenido el que el poderoso Pentágono dé luz verde a la Conferencia de Seguridad, que tan penosa génesis y tan fuertes oposiciones americanas y de la NATO estaba teniendo, estaba fuera de duda el derrumbamiento de los obstáculos a su celebración, sobre todo entre los países de la NATO. Por otra parte, pocos días antes de la celebración de la Asamblea de Bruselas, se hizo público que los Diez del Mercado Común presentarían en la Conferencia de Seguridad una postura unitaria. La máquina, pues, se ponía en marcha.

Quedaba, sin embargo, la cuestión fundamental, la que justificaba la reunión de la Asamblea. Nadie, por supuesto, está en contra de la seguridad, la colaboración y la paz en Europa: todo el mundo, entusiásticamente a favor. Pero, ¿qué Europa? ¿La de los pueblos o la de los Estados? Y, en este último caso, ¿no podrían producirse confusiones entre Estado y gobierno? ¿Puede acudir un Papadopoulos en pie de igualdad con un Brandt o un Ceausescu? ¿Puede haber coexistencia, sino cooperación entre un Estado fascista y otro democrático? ¿Puede representar esa seguridad y paz en Europa un *statu quo* que salvaguarde la existencia de residuos antidemocráticos? Todas estas

cuestiones salieron en Bruselas y fueron ampliamente debatidas, pues eran realmente uno de los nudos de la cuestión.

Hubo tres comisiones de trabajo. La primera comisión discutió las cuestiones relativas a la organización de los esfuerzos activos de la opinión pública en favor de la seguridad en Europa, de su realización como factor de reforzamiento de la paz en el mundo y de la convocatoria de la conferencia europea de los Estados.

La segunda comisión abordó los problemas de la actitud de la opinión pública de cara a la cooperación europea económica, científica y técnica, de la cooperación en el campo de la protección del ambiente, de los problemas de las relaciones de Europa con otros continentes.

La tercera comisión trató los problemas de la cooperación cultural en Europa como vía de aproximación de los pueblos; de la búsqueda de formas de ampliar los contactos públicos y humanos; de los problemas de la enseñanza, de la educación, de la información de masa y otras cuestiones relativas a las preocupaciones éticas y espirituales de la sociedad. Como se ve, un programa bastante completo.

Las declaraciones finales —es decir, recomendaciones a la futura Conferencia de Seguridad sobre cómo orientar sus trabajos— son, naturalmente, un canto a la paz y a la colaboración europea. Hermosas palabras, a las que habrá que apoyar mucho para que lleguen a ser, ojalá, algo más que palabras. Quedan, sin embargo, dos hechos a destacar, uno de los acuerdos y otro marginal.

El marginal es que difícilmente podrá reunirse la Conferencia Paneuropea de Seguridad antes de las elecciones americanas y la reorganización del Mercado Común, exigida por su ampliación.

El otro hecho es que se ha subrayado inequívocamente que la existencia de ciertos regímenes son una amenaza permanente para la paz de nuestro continente. Probablemente, países con regímenes como el de los coroneles van a encontrarse en dificultades para ser aceptados en la mesa paneuropea, por la magnitud de las protestas que ello desencadenaría. ■ MANUEL PIZAN.

## MEDICINA

# LA INQUIETANTE HEPATITIS

Ni la «hepatitis provocada por virus» ni el carácter epidémico que puede adoptar la afección son nuevos. Pero no siempre ocurre así. En efecto, la ictericia señala simplemente un exceso en la sangre de bilirrubina, consecuencia de la degradación normal de los glóbulos rojos. Al morir, los glóbulos rojos liberan la hemoglobina, la cual libera a su vez el hierro. Este último, útil en el proceso de construcción de nuevos hematíes, se convierte en bilirrubina. La bilirrubina es recogida por el hígado, transformada y expulsada con la bilis. Hay ictericia por hemólisis si, por cualquier razón, la destrucción de los glóbulos rojos es demasiado masiva y desborda la capacidad de eliminación del hígado. La ictericia por obstrucción se produce cuando la bilirrubina, normalmente excretada por el hígado no puede eliminarse con la bilis. En el último tipo de ictericia, la ictericia por hepatitis, resulta afectada la célula hepática, ya sea por un tóxico, ya sea mediante un proceso degenerativo (cirrosis o tumor), ya sea —y este es el caso más frecuente— por un virus. Existen otras causas de ictericia, aunque son mucho más raras.

Ni la coagulación sanguínea, ni el metabolismo del azúcar y las grasas, ni las múltiples transformaciones químicas de las que es responsable esa complicada fábrica que es el hígado, sufren graves alteraciones. La sintomatología propiamente hepática se limita a lo digestivo (náuseas, anorexia, digestión difícil) y a la retención biliar: retenidos en la sangre, los pigmentos biliares tornan amarilla la piel; ausentes de la bilis, dejan de colorear las heces, que se vuelven blancas; eliminadas por una vía «de sororro», la vía renal, los pigmentos colorean la orina, que se oscurece, tomando un tinte de caoba. Los demás síntomas: astenia, fiebre, convalecencia interminable son habituales en todas las afecciones provocadas por virus.

La hepatitis comienza en realidad como una «gripe»: fiebre, dolores musculares, fatiga. Con una tonalidad particular, de orden digestivo, que, ligada a la noción de epidemia, despierta generalmente la desconfianza del médico, quien ordena un examen: cantidad de transaminasas. Estas enzimas, liberados por la destrucción de la célula, son precozmente detectables en la sangre y permiten prever la aparición de la ictericia.

Un diagnóstico precoz permite al médico recetar en el momento en que se libra el combate más decisivo entre el virus y el organismo, es decir, antes de que el amarilleamiento de la piel señale la derrota parcial de este último, el tratamiento más eficaz: el descanso. Incapaces de luchar contra los virus, al no disponer de ningún arma terapéutica capaz de vencerlos, los médicos no tienen otra solución

más que favorecer los medios naturales de defensa del organismo. Los enfermos, por su parte, no podrán sino luchar contra los cómplices del virus: esfuerzos físicos o digestivos, frío.

Aparte del reposo, de algunas vitaminas, de la supresión del alcohol; todos los tratamientos, todas las medidas dietéticas son de dudosa eficacia. La acción médica se limita a una serie de modestas prescripciones y a una estrecha vigilancia clínica. Obedece a la ley del «todo o nada». O todo se desarrolla favorablemente, y el médico se limita a registrar y potenciar esta evolución positiva (recolocación de las heces, decoloración de la orina y de los tegumentos, desaparición de la fiebre y reaparición del apetito), o la enfermedad se agrava (en un 5 por 100 de los casos aproximadamente), y el tratamiento, heroico, sólo es posible en un hospital. El individuo no puede sobrevivir sin su hígado. Tampoco es posible sustituirlo por uno artificial. Sus funciones son demasiado complejas. Se puede, eso sí, recurrir a las funciones del hígado de otro individuo sano, organizando un intercambio constante entre la sangre del enfermo de ictericia y la del individuo sano, cuyo hígado cumple entonces las funciones del órgano defectuoso.

Este procedimiento resulta válido tanto en el caso de la hepatitis epidémica vulgar como en el de la hepatitis por inoculación. En efecto, tradicionalmente se distingue entre un virus A, de contagio oral, digestivo, y cuya incubación duraría seis semanas por término medio, y un virus B, inoculado por transfusión, por una inyección. En este último caso el período de incubación será mucho más largo: entre tres y cuatro meses.

Sin embargo, el descubrimiento, en 1965, del antígeno australiano (Au) trastornó este esquema. Se encuentra el antígeno Au en los pacientes afectados por hepatitis epidémicas típicas. Y también entre algunos donantes de sangre; esto es importante, pues las hepatitis postransfusionales son a menudo graves. Gracias al descubrimiento del antígeno australiano es posible detectar a los «donantes» portadores de virus y preparar gammaglobulinas específicas, las cuales permiten fabricar anticuerpos capaces de neutralizar el virus a aquellos individuos a los que, accidentalmente, se les ha practicado una transfusión de sangre infectada.

Aparte de eso, la única profilaxis de la que cabe esperar algo es el descubrimiento de una vacuna eficaz.

Capaz de realizar prodigios terapéuticos en las formas más graves de la hepatitis y sus complicaciones, la medicina se encuentra desarmada frente a la hepatitis ordinaria. ■ NORBERT BENSARD.